

oponerse a la “yanquización” del mundo, lo que generó, a su vez, una reconciliación con España, así como un sentimiento de pan hispanismo.

No sorprende que para explicar la construcción del pan hispanismo, Mejías-López analice textos de, entre otros autores, Martí, Darío y Rodó. Lo que en cambio sí llama la atención –y es una de las razones que dan a *The Inverted Conquest* su particularidad–, es que incluyan dentro de esta genealogía dos libros que, aunque muy leídos y comentados en su época, rara vez han sido estudiados con la profundidad y fineza de las que Mejías-López se vale: *Camino de perfección*, del autor venezolano Manuel Díaz Rodríguez, y *La gloria de don Ramiro*, del argentino Enrique Larreta.

*The Inverted Conquest* es un libro sorprendente. Son dignas de destacar la precisión y sobriedad de las conclusiones a las que va llegando su autor así como la forma en que expone sus criterios y sus reflexiones. Por ello es que se trata de un libro modelo de escritura académica. Con elegancia contundente, Mejías-López logra un novedoso análisis del campo literario transatlántico del *fin de siècle*.

Ezio Neyra  
Brown University

Ileana Rodríguez y Josebe Martínez, eds. *Estudios transatlánticos postcoloniales. I. Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*. Barcelona: Anthropos, 2010. 380 pp.

El proyecto *Estudios transatlánticos postcoloniales*, coordinado por

Ileana Rodríguez y Josebe Martínez en cuatro volúmenes publicados por la editorial Anthropos en España, pretende iniciar un espacio de discusión iberoamericano sobre el tema prestando especial atención a la noción de la “colonialidad del poder”, propuesta por el sociólogo peruano Aníbal Quijano en sus artículos de 1994 y 1998. Los trabajos de este primer volumen, titulado *Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad*, estudian el concepto de la “colonialidad del poder” en conexión con la “colonialidad del saber” así como cuestiones relacionadas con la modernidad y los sistemas-mundo. Las contribuciones provienen de un grupo de prestigiosos investigadores que llevan años trabajando estos temas y también de otros académicos más jóvenes que proponen nuevas aproximaciones y enfoques.

El volumen consta de una sección preliminar, con dos sustanciosos ensayos de las editoras, y tres secciones: “¿Qué son los estudios transatlánticos?: perspectivas, vertientes y debates”, “Sobre el terreno mismo: vínculos, disputas, sentidos, silenciamientos” y “Narrativas comando/sistemas mundos: colonialidad/modernidad”. En la sección preliminar, el ensayo de Ileana Rodríguez rescata un importante número de textos coloniales españoles e indígenas sobre la conquista del altiplano guatemalteco. Su acierto consiste en contrastar la visión de los conquistadores con la de los vencidos, lo cual supone la emergencia de dos historiografías diferentes: una que crea una tradición cultural superimpuesta y otra clandestina, esotérica y escasa que

se caracteriza por su desgarramiento bicultural. Rodríguez subraya especialmente la importancia del trabajo de arqueólogos y etnohistoriadores. La reconstrucción del universo maya-quiché llevada a cabo por éstos utilizando como base los textos indígenas demuestra el carácter simplista y limitado de la representación de las sociedades maya-quiché presente en los documentos españoles, más centrados en las geografías políticas y circuitos comerciales. El artículo, sin embargo, presenta problemas teóricos y epistemológicos, pues Rodríguez utiliza de forma intercambiable los ya bien diferenciados conceptos de “aculturación”, “transculturación” y “heterogeneidad”. Debe recordarse que fue el antropólogo cubano Fernando Ortiz quien acuñó el término “transculturación” en 1940 con el fin de cuestionar el vocablo “aculturación”, que sólo indicaba la imposición unidireccional de la cultura del colonizador sobre la del colonizado, borrando así cualquier rasgo de exterioridad o diferencia subalternas. Por su parte, Antonio Cornejo Polar acuñó el término “heterogeneidad no dialéctica” en 1996 para sobrepasar los problemas que presentan las nociones de “transculturación” e “hibridez cultural”.

En el segundo artículo de esta sección, Josebe Martínez parte de las ideas de Hegel y Judith Butler sobre el deseo entendido como “pulsión organizada” o “máquina deseante” y aplica dicho concepto a la empresa de la conquista de América. Según Martínez, esta noción de deseo explicaría los orígenes del viaje transatlántico entendido como

periplo para cruzar los confines del Camino de Santiago, establecido por Europa desde hacía cinco siglos con el fin de contener a los musulmanes y consolidar la extrema dura, el saltus, la frontera. Martínez señala asimismo la importancia de las teorías de Foucault sobre las disciplinas del cuerpo y la biopolítica de la población y postula que dichos mecanismos disciplinares se implementaron por primera vez con la conquista de América y se ejercieron exclusivamente a través de la evangelización. Se echa en falta, sin embargo, que, tras sugerir y exponer estas teorías, Martínez profundice más en la aplicación de las mismas a diferentes objetos culturales del período colonial.

En la primera sección de la obra, el artículo de Julio Ortega “Posteografía y estudios transatlánticos” postula el desplazamiento de la teoría por los estudios culturales y contrapone éstos, la historia cultural y el relativismo postmoderno a los estudios transatlánticos. Según Ortega, la absoluta transparencia de los primeros contrasta con el carácter intercultural, interdisciplinario y comparatista de los segundos. Ortega define el campo de los estudios transatlánticos como una exploración de la historia intercultural que lee los objetos culturales en un viaje de ida y vuelta, entre las migraciones de las formas y las transformaciones de los códigos. Sólo así podremos conocer mejor las representaciones del Sujeto atlántico, la construcción del otro en la literatura de viajes, la heterogeneidad e hibridación de las identidades y traducciones, la reescritura del mundo colonial y el movimiento de

ida y vuelta de los exilios y vanguardias entre otras cosas. Resulta un tanto problemático, sin embargo, que Ortega no mencione la importancia de África en dichos vaivenes transatlánticos reduciéndolos a España e Iberoamérica. También resulta cuestionable la noción de “Sujeto atlántico”, que nunca es definida por Ortega y contribuye a homogeneizar la identidad de sujetos con historias muy diferentes.

Son de destacar especialmente en esta sección las contribuciones de Sara Castro-Klarén, Brad Epps y Juan Zevallos Aguilar. En su ensayo “Estudios transatlánticos: geopolíticas en una perspectiva comparada”, Castro-Klarén afirma la importancia del enfoque comparatista en los estudios transatlánticos, pues éstos se entienden de forma diferente en los departamentos de inglés y español (o estudios hispánicos) de los Estados Unidos. Castro-Klarén subraya asimismo la necesidad de incorporar una conciencia clara y efectiva de la colonialidad del poder a los estudios transatlánticos hispánicos con el fin de que surjan estudios verdaderamente críticos que no caigan en partidismos políticos o en el neo-imperialismo cultural y económico de organismos como el Instituto Cervantes. Castro-Klarén también nos recuerda que incluso los estudios transatlánticos de habla inglesa, con trabajos fundamentales como el de Paul Giles, necesitan prestar atención a la cuestión de la colonialidad del poder a pesar de presentar una fuerte base teórica y ofrecer una deconstrucción de los mitos nacionales y culturales ingleses y estadounidenses. Sólo así podrán in-

corporar la perspectiva hispánica representada por la circulación norte-sur y, por tanto, la historización necesaria para evitar caer en la desmemoria y deformación del pasado que representa su óptica exclusivamente “anglosajona”.

Brad Epps, en su artículo “Al sur y al este: la vertiente africana de los estudios transatlánticos postcoloniales”, reivindica la importancia de África en los circuitos transatlánticos y critica reducir éstos exclusivamente al binomio Europa-América. El crítico norteamericano cuestiona asimismo el concepto de “Atlántico hispano”, postulado por Joseba Gabilondo de forma similar al “Atlántico negro” de Paul Gilroy, el cual presenta una falta de historización al no tener en cuenta la cuestión africana. La propuesta de Epps plantea la necesidad de abrir el campo de los estudios transatlánticos a una dinámica triangular y rizomática que evite caer en posiciones esencialistas y reduccionistas como el nacionalismo y sea capaz de aprehender las relaciones históricas y culturales transatlánticas en toda su complejidad.

Juan Zevallos Aguilar analiza el interesante debate interdisciplinario entre Patricia Seed, Rolena Adorno, Walter Mignolo y Hernán Vidal a principios de los 90 en su introductorio artículo “La introducción de los discursos colonial y postcolonial en los estudios latinoamericanos”. Zevallos nos recuerda cómo Seed inició la discusión en un ensayo-reseña publicado en *Latin American Research Review*, foro donde continuó la controversia, y organiza su estudio en base a los tres núcleos temáticos más importantes que ge-

neraron el debate: la trayectoria histórica del discurso colonial y postcolonial, la teoría y metodología de dichos discursos y la definición de una nueva posición de compromiso de los intelectuales contemporáneos con su realidad presente.

La sección II del volumen incluye las contribuciones de Rocío Quispe-Agnoli y Olatz González-Abrisketa e Ignacio Mendiola. En su ensayo “Desvelando colonialidades: áreas en busca de atención en los estudios latinoamericanos”, Quispe-Agnoli destaca la importancia de las identidades en transformación como característica fundamental de las relaciones coloniales cuestionando así la ilusión de homogeneidad de la colonización europea. El reconocimiento de la heterogeneidad en Latinoamérica le sirve a Quispe-Agnoli como punto de partida para desenmascarar otras formas de colonialidad presentes hoy. Se echa de menos, sin embargo, que Quispe-Agnoli no sitúe su discusión dentro de las teorías de transculturación, hibridez cultural y heterogeneidad, poniendo a éstas en diálogo con los estudios transatlánticos postcoloniales, así como un análisis más profundo y detallado de la película peruana *El bien esquivo* y la novela histórica argentina *Los perros del paraíso*, mencionadas por la autora, aplicando dichas teorías.

González-Abrisketa y Mendiola estudian las diferentes representaciones del Otro en su artículo “Cuando el otro habla: entre el silenciamiento y la performatividad”. Ambos críticos analizan la lógica de la colonialidad, origen del contexto sociohistórico de la modernidad,

donde se produce la distribución asimétrica del lenguaje a través del surgimiento de múltiples discursos. También se estudia el enmudecimiento y exotización del Otro como consecuencia de dicha lógica para, finalmente, llegar a la confrontación con el discurso del Otro. Esta última propuesta resulta un tanto cuestionable si tenemos en cuenta las ideas de Gayatri Spivak, que los autores parecen olvidar y, muy especialmente, las discusiones sobre el sujeto subalterno en el campo de la literatura testimonial latinoamericana, género que entronca directamente con la antropología y las ciencias sociales, disciplinas a las que pertenecen los autores.

La última sección del libro incluye las excelentes contribuciones de Walter Mignolo, Santiago-Castro Gómez, Eduardo Mendieta y Enrique Dussel en relación con la cuestión de la modernidad y el sistema-mundo, abordada desde una perspectiva cultural, política y filosófica. Con su habitual introspección, Mignolo propone que la emergencia de la idea del “hemisferio occidental” generó un cambio radical en el imaginario y estructuras de poder del mundo moderno/ colonial. Según Mignolo, dicha transformación no sólo dio lugar a una reestructuración geográfica y política, sino que también afectó profundamente a las relaciones sur-norte en las Américas, a la configuración de la latinidad en Estados Unidos y a la cultura afroamericana en el norte, en el sur y en el área caribeña. Mignolo destaca asimismo cómo la división del mapamundi en el hemisferio oriental y

occidental originó esta nueva reorganización del mundo que establece la frontera entre Europa y Estados Unidos, produce la distinción entre América del Norte y del Sur y perpetúa en el “Nuevo Mundo” la distinción entre la Europa del norte y la del sur latino.

En su artículo “Michel Foucault: colonialismo y geopolítica”, Santiago Castro-Gómez muestra los problemas epistemológicos de la noción de la “colonialidad del poder” de Quijano y Wallerstein y propone el pensamiento de Foucault sobre las relaciones de poder y la geopolítica en sus cursos impartidos en el Collège de France como contrapunto. El investigador colombiano postula que la teoría jerárquica de la colonialidad del poder sólo presta atención a la lógica macrofísica del sistema-mundo mientras que la analítica heterárquica del poder de Foucault distingue tres niveles: microfísico, mesofísico y macrofísico. Esto le permite a Foucault captar mejor la complejidad y diversidad de las redes del poder. Brillante y original, la tesis de Castro-Gómez no está exenta de problemas. Uno de ellos es el eurocentrismo de Foucault, que, aunque observado por el autor, exigiría una resemantización de su pensamiento al contexto postcolonial latinoamericano, idea ausente en su discusión. Como consecuencia, el concepto de la “colonialidad del poder”, desarrollado desde una perspectiva y lugar de enunciación postcoloniales, resulta más idóneo para abordar la cuestión de la macrofísica del poder. Dicho concepto, sin embargo, debería complementarse con la recontextualización postcolonial del

modelo heterárquico de Foucault, que rescata la microfísica y mesofísica del poder, niveles éstos completamente inatendidos en la teoría jerárquica de Quijano y Wallerstein, como muy bien señala Castro-Gómez.

Eduardo Mendieta analiza los diferentes significados del término “cosmopolitismo” en su ensayo “Del cosmopolitismo imperial al cosmopolitismo dialógico: humildad, solidaridad y paciencia”. Es de destacar su desenmascaramiento del cosmopolitismo imperial kantiano, término acuñado por el autor para cuestionar la falta de conciencia crítica del filósofo alemán, quien nunca cuestionó sus privilegios y lugar como ciudadano en el imperio romano-germánico del siglo XVIII. Tras estudiar otras teorías del cosmopolitismo como las de Anthony Appiah, Walter Mignolo y Judith Butler, más críticas y reflexivas, Mendieta propone un “cosmopolitismo dialógico”. Éste sería un cosmopolitismo verdaderamente crítico, reflexivo y emancipatorio que se convierte en el universalismo del otro y es similar al ya ha articulado y postulado por Mignolo en su artículo “The Many Faces of Cosmopolis: Border Thinking and Critical Cosmopolitanism” (2000).

Enrique Dussel, por último, ofrece una revolucionaria e iluminadora lectura deconstruccionista del *ego cogito* cartesiano desenmascarando sus mitos en su incisivo artículo “Meditaciones anticartesianas: sobre el origen del antidiscurso filosófico de la modernidad”. Es de destacar muy especialmente la original e innovadora interpretación de Dussel de la influencia del lega-

do intelectual y filosófico del sur de Europa, que llega hasta Iberoamérica, en el pensamiento de Descartes, especialmente a través del pensamiento jesuita. Éste y otros argumentos subrayan el papel pionero de España, Portugal y América Latina en los orígenes de la Modernidad, siendo Descartes el iniciador de una segunda Modernidad temprana. El filósofo argentino estudia asimismo el anti-discurso filosófico de la Modernidad representado en un primer momento por Bartolomé de las Casas y, con posterioridad, por el pensamiento indígena de Guaman Poma de Ayala, quien adopta una posición de “exterioridad radical” con respecto a ésta convirtiéndose en pionero de la teología de la liberación. Es precisamente la crítica de las Casas y Guaman Poma al proyecto filosófico moderno lo que permite a Dussel deconstruir los argumentos a favor de la conquista de América revelando sus puntos débiles.

El primer volumen de *Estudios transatlánticos postcoloniales* ofrece una excelente selección de ensayos y, sin duda, es una de las mejores obras sobre el tema publicadas hasta la fecha. Me gustaría felicitar a las editoras por poner en marcha este ambicioso proyecto, a la editorial Anthropos por haberlo aceptado desde España y a la Universidad Autónoma Metropolitana por apoyarlo desde México. Asimismo, sería muy deseable que una editorial norteamericana publicara una traducción del libro al inglés en los Estados Unidos ya que nos encontramos ante una colección de ensayos fundamental en su campo de estudio que acabará convirtiéndose

con el tiempo en obra de referencia obligada.

Javier Valiente Núñez  
Johns Hopkins University

**Josef de Acosta. *Historia natural y moral de las Indias*. Ed. crítica de Fermín del Pino Díaz. Madrid: CSIC, 2008. 330 pp.**

Para el lector que empieza a explorar la literatura colonial, Josef de Acosta puede ser reconocido como una de las menciones constantes del Inca Garcilaso de la Vega en los *Comentarios reales de los incas*. El padre Acosta se constituye, en el texto del historiador mestizo, como una de las autoridades que respaldan su pesquisa. Garcilaso no pudo encontrar mejor apoyo bibliográfico que el del notable jesuita, cuya *Historia natural y moral de las Indias*, ejemplar compendio sobre el mundo americano antes de la llegada de los europeos, le valió el mote de “Plinio del Nuevo Mundo”, según feliz aserto del padre Feijoo en el XVIII. Publicada en Madrid, en 1590, la obra de Acosta encierra la propuesta de adaptar la evangelización a los modelos prehispánicos de civilización (tanto el peruano como el mexicano), antes que apelar a la fuerza, siguiendo de esa forma el carisma jesuita que propugnaba la tolerancia cultural.

El estudio introductorio de Fermín del Pino Díaz a esta nueva edición de la *Historia natural y moral* posee la pasión de una autobiografía intelectual, en tanto el editor es antropólogo y dedicó su tesis doctoral a la figura del autor estudiado: Josef de Acosta se le aparecía, hace